

LA TAREA EN MARCHA DE LOS NOVELISTAS MEXICANOS

14
TEXTOS
INEDITOS

NUMERO
589
28 de Junio de 1960

México en

artes * espectáculos * ciencias

Director
FERNANDO BENTÍZ
Director artístico
VICENTE ROJO

la CULTURA

Suplemento de NOVEDADES
Presidente y Gerente General: ROMULO O'FARRILL, Sr.
Director General: Lda. RAMON BETETA

Las relaciones que nos unen con la literatura prehispánica cuyo conocimiento es bastante reciente, son casi exclusivamente de índole cultural. No tenemos con ella continuidades lingüísticas ni temáticas ni de estilo; nos acercamos a ella como a un pasado arcaico, y sin embargo, como puede afirmarse, la obra de inspiración indígena de mi distinguido antecesor Antonio Mediz Bolio, sentimos que estamos atañidos por alguna imperceptible afinidad espiritual. Nos son comunes el tono elegiaco, el melancólico sentimentalismo, la visión dolida y desprendida del mundo y aun ciertas articulaciones sintácticas y formas mentales. Y porque su sangre es parte de nuestra sangre y en la elección de nuestros abuelos remotos hemos preferido al invadido y el vencido antes que al conquistador, los hemos ligado voluntariamente a nuestro destino y a nuestra cultura.

Con los escritores de los siglos coloniales nos une, en cambio, la comunidad de lengua, una cultura y aun una organización social que era ya semejante a la moderna. Aquellos escritores pensaban en función de sus propias instituciones, ideas y creencias y en función también de las complejidades raciales de la época. Las ideas, las instituciones y los distintos rasgos raciales van a cambiarse o a desaparecer a partir de la independencia que nos dará tantos fermentos nuevos, pero los hombres seguirán siendo fundamente los mismos. Ahora, pues, cambios radicales, pero ya existe entre la colonia y el México independiente una continuidad cultural, una semejanza de actitudes y reacciones frente a estímulos paralelos. Clavijero del siglo XVIII Orozco y Berra del XIX y el padre Garibay del XX son sabios de un mismo corte y estilo y cuando advertimos los paralelismos que existen en concepción de los poemas memorables, el Primer sueño de Sor Juana y Muerte sin fin de José Gorostiza nos complace reconocer una tradición poética viva desde el siglo XVII.

Pleno, en efecto, que la comunidad de tradiciones es acaso el elemento más importante para constituir una nacionalidad cultural y que, entre tanto no está debidamente integrada y afianzada esta tradición, no existe aún dicha nacionalidad.

En busca del carácter de la LITERATURA MEXICANA

Por JOSE LUIS MARTINEZ

Preguntémosnos por ejemplo, qué pasado cultural reconoce un escritor del siglo XVI, digamos Francisco de Terrazas, y otro del siglo XVII, digamos Sor Juana. Al remontar su pasado, ¿podrían acaso parar en las fechas del descubrimiento y conquista, o bien podrían reconocerse absolutos herederos de la tradición española o de la indígena? Ruiz de Alarcón fue a España y allá lo sintieron extraño, y a Sor Juana le rindieron todos los miramientos pero sintiéndola apartada. Y además, ¿cómo podrían ligarse aquellos escritores a la tradición indígena, que podrían sentir, que acaso estaba totalmente en ellos, pero que ignoraban? Esta bifurcación de tradiciones puede registrarse con cierta precisión en la poesía de Sor Juana en la cual, junto a las formas, ideas y escuelas peninsulares, aparecen de pronto las notas indígenas, por ejemplo en los graciosos villancicos tradicionales rematados con tocotines indios.

Existe, pues, una encrucijada

histórica radical, la del encuentro de dos culturas a principios del siglo XVI, que determina una problemática o una bifurcación de tradiciones para nuestra cultura. Resumiendo el problema, podríamos decir que las tres grandes épocas de la literatura mexicana son, en cierta forma, autónomas aunque se encuentren ligadas entre sí en diferente medida. La literatura independiente no puede explicarse sin el antecedente colonial, de la que es su continuidad evolucionada, y sin el trasfondo indígena que le da su propio carácter. Pero la literatura indígena, en cambio, no es condición absoluta a la colonial ya que ha intervenido un elemento extraño e inesperado: la dominación del imperio español que arrasó al indígena.

Podemos, entonces, llamar nuestras y denominar extensivamente literatura mexicana a la de estas tres épocas, sólo aceptando previamente ciertas convenciones, a saber: la literatura prehispánica fue expresión de varios de

los pueblos autóctonos que van a formar luego la unión de los demás que poblaban el territorio mexicano—una de las ramas constitutivas de nuestra nacionalidad, pero no pudo tener ni por la cultura una continuidad inmediata con las siguientes épocas; sólo permanecerá viva una relación de tipo espiritual y de afinidades emotivas, una especie de sincrismo del fatal ritmo de la sangre. La literatura colonial rompió aparentemente toda liga con la expresión indígena para ser, como decía Carlos González Peña, una rama de la española, aunque una rama cuyos rasgos originales y distintivos, característicos del mestizaje biológico y mental, fueron afirmándose y dibujándose progresivamente, hasta el grado de que, en la segunda mitad del siglo XVIII, comienza ya a apuntar su voluntad de emancipación. La literatura de México independiente tendrá sus raíces en la colonial, pero buscará el afianzamiento de su personalidad cultural ligándose voluntariamente con el ya remoto pasado histórico y cultural indígena, y durante el siglo XIX realizará un proceso interior de emancipación intelectual y de originalidad expresiva que alcanzará manifestaciones de madurez en las postrimerías de aquel siglo. Sólo, pues, a la literatura de esta última época, en que ya se encuentran juntos y debidamente evolucionados los elementos de nuestra nacionalidad cultural, podemos llamar con exactitud literatura mexicana, puesto que las dos anteriores sólo son en rigor antecedentes de la expresión nacional de un pueblo independiente.

¿Qué significación tiene para nuestra literatura la bifurcación de sus tradiciones culturales?

El análisis de las relaciones que llegan entre sí las tres grandes épocas de nuestra literatura nos ha enfrentado con otro problema y una nueva pregunta: ¿Qué significación tiene para la literatura mexicana la bifurcación de sus tradiciones culturales?

Somos herederos, en efecto, de tradiciones, en estilos extraños entre sí y cuyo conflicto nunca hemos logrado apaciguar del todo dentro de nosotros mismos, pues indigenismo e hispanismo se combatieron públicamente y dentro de cada mexicano.

SIGUE EN LA PAG. 225

Continuidad de la novela

Por ALI CHUMACERO

Hemos querido ver el arranque de la nueva novela nacional en un libro de Agustín Yáñez, *Al filo del agua* (1947), que aporta a las letras, desde el aspecto, o por lo menos otros juicios, acerca de la realidad con que se hallan nutridas sus páginas. La monotonía anterior —apenas perturbada por algunas formas expresivas de la palabra gruesa a la escena inconveniente— fue quebrantada, con inteligencia que no desafiaba el vigor, mediante una pasión por las formas expresivas que iba mucho más allá de la prosa convencional, que practicaron algunos escritores del Ateneo de la Juventud hace medio siglo. Sin embargo, esa inclinación a otorgar calidades estéticas a todo lo que contribuía a hacer la novela, en ningún momento eluden reproducir escenas que, con mucho, son "documentos humanos", testimonios de los acontecimientos, es decir, reflejos de una vida verdadera. En Yáñez la imaginación recobra, a la par que la realidad misma, el derecho de sobresalir por encima del racional dominio del estilo y rompe de pronto las prolijas ramas de una literatura plagada de loables intenciones.

La novela consecuente a la que la Revolución inspiró, escrita por quienes no habían vivido las asonadas, las traiciones, los levantamientos, los entusiasmos, los alboros y las contradicciones políticas y militares, contaban entre sus virtudes nada despreciables el haber rechazado a veces la descripción bélica, a cambio de solazarse con el violento mundo de los hombres que continuaban siendo víctimas del desigual reparto

de las riquezas materiales y espirituales. En ella se recogían los sucesos sociales en que repercutieron los hechos que para el arte habían resultado de los hechos. Yáñez, Martín Luis Guzmán, Gregorio López y Fuentes y Rafael F. Muñoz, Rubén Romero y Mauricio Magdaleno. Durante los años veinte y treinta, cuando mayor era el auge de la novela de la Revolución, los personajes —empistolados, de sombrero ancho, iracundos— se convertían en un mal de la época al que todos los escritores sentíanse obligados a ofrecer sus parábolas. En los años subsiguientes, los novelistas descubrieron por personajes semejantes —locados también con sombreros de ancha falda, iracundos y hasta con pistola—, ansiosos de lograr que aquello por lo cual habían luchado sus predecesores fuera algo más que una máscara literaria. Y la novela posterior —en cuya base hemos de colocar *Al filo del agua*— tampoco repudia radicalmente a esos personajes, armados, iracundos y sombrerudos como sus antecesores. El lento cambio de la sociedad, no obstante los impulsos por repartir las haciendas entre los peones, sindicados y los trabajadores, resolver cuestiones relacionadas con el exterior y provocar a grandes pasos el desarrollo económico del país, se advertía casi servilmente en los temas elegidos.

Pero si al filo del agua comparte historias a que estábamos acostumbrados y penetra en campos que habían sido explorados antes, no importa el tiempo en que sucede la acción, su característica principal consiste en que las referencias

a la realidad no adolecen del conformismo heredado por muchas obras contemporáneas. En buena parte, los afanes por describir la acción exterior, la acción velada del mundo interior, y la prisa por acumular escenas obligaba a los autores a descuidar la eficacia de las palabras, ante el temor de caer en "literario". Yáñez, en cambio, venció los temores, afianzó el tema con un estilo apto y obtuvo una novela que resultaba distinta por lo que tenía de obra "literaria" y porque su autor había logrado el equilibrio entre la acción y la presencia nada superficial de sus personajes. Los procedimientos traídos de novelistas extranjeros —Joyce, Dos Passos, Anderson— se concertaban para crear una obra maestra que, si no ha formado escuela, sí abrió cauces a la imaginación y es ejemplo de lo que en el oficio de las letras se llama responsabilidad.

Esa responsabilidad, con distinta tendencia, ha sido arma de uno de los escritores menos alegres que han nacido en México: Juan Rulfo, que en *Pedro Páramo* (1955), su primera novela, rinde homenaje a la muerte y exalta hasta el delirio la desolación, las fuerzas antiquilantes, la belleza de las imágenes nocturnas, el triunfo del mal sobre la esperanza, la efectividad de los sentidos como defensa propicia frente a lo fugaz. El mismo Pedro Páramo, cackeo capaz de reflexionar acerca de la vanidad de la vida, cae finalmente desplomado en la última frase: "Dio un golpe contra la tierra y se fue desmoronando como el fuera un montón de piedras". Eso es la novela: un desmoronamiento

constante que suspende el ánimo del lector y descubre para nuestra prosa el esplendor de la nada. La palabra precisa, la frase oportuna, el giro adecuado, son manejados con la destreza de que sólo dispone el auténtico escritor, el artista que puede observar, más allá de las apariencias, ese mundo destructivo en que se fundan el argumento y los personajes.

Caso imprevisto es el de Luis Spota, surgido rápidamente a la autoridad a partir de *Casi el Paraíso* (1956), con que arremetió contra la aparente felicidad de la aristocracia improvisada. Sus dos periodísticas no empujan sino reavivan sus facultades de novelista. Después de *Casi el Paraíso*, Spota ha escrito novelas de limpia factura, con mayor sentido artístico y con similar éxito de lectores. Entre los jóvenes nadie ha despertado fuera del país análogo interés que él, y con Juan Rulfo disfrutó del privilegio de verse traducido a buen número de lenguas extranjeras.

José Revueltas, desde sus juveniles tanteos literarios, mantuvo un interés semejante al que en el pasado suscitaban los primeros novelistas de la Revolución y al que hoy despierta Juan Rulfo. Quizá su más notable obra sea *El luto humano* (1943), que emplea los procedimientos propios a los novelistas norteamericanos y a viva momentos de angustia de miseria. Después en los días terribles amplió los temas y, sin apartarse de la tendencia natural de su pluma, concibe historias llenas de vitalidad y de violencia. En los últimos años, Revueltas no

SIGUE EN LA PAG. 225

EPIGRAFES DE ALFONSO REYES

La literatura es tan universal que puede, conscientemente o no, ya de propósito, ya de paso y con indiferencia o ya de mala gana, dejar algunas limosnas en las escarcelas de la historia y la ciencia. Por su universalidad misma, adquiere, ante la historia y ante la ciencia, el valor vicario de la vida. Nada que sea humano le es ajeno, y cuanto existe es humano para el hombre.

Cuando la historia toma por materia los conocimientos de las demás disciplinas, los humaniza al presentarlos como actos del hombre. Pero por lo mismo que mantiene dentro de cierta generalidad específica, sólo alcanza una humanización de primer grado. La literatura, que puede permitirse en cambio interpretaciones, hipótesis e irregularidades fundadas tan sólo en las sospechas de la humana naturaleza, penetra en grado más en esta absorción. Por arte de ficción y universalidad a un tiempo, la literatura sujeta del todo al orden humano cuantos datos baña con su magia. Mides mejor aconsejado, convierte en prolongaciones de Adán piedras, árboles y animales. Antropomorfiza en cierto modo lo extrahumano que adopta bajo su tutela. Y es así, la literatura, el camino real para la conquista del mundo por el hombre.

Edo la obra de la cultura, construyendo lentamente un ideal nacional y descubriendo los caracteres propios de una tradición, pueda lograr el bien definitivo de un pueblo.

Nada puede ser más ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal.

Lo que haga yo pertenece a mi tierra en el mismo grado en que yo le pertenece. Nada más equitativo que escribir en vista de una idea preconcebida sobre lo que sea el espíritu nacional.

El hecho de que entren y salgan influencias no tiene para qué inquietarnos, y menos en literaturas todavía en estado de fluides. Si hay ansiedad en el ambiente, será la expectación por los brotes inminentes que ya despiertan. ¿Queréis convencerlos del movimiento? Sentados a verlo pasar.

Contiene paner un poco de respeto entre un creador y otro creador. Hay calle para todos. Nada más estéril que los comedios entre capillas. Nada más indigno de una joven literatura que el cultivar aquella impotente rabia propia de los medios —no necesaria ni exclusivamente europeos— donde la mala higiene mental estorba la gozosa circulación de estilos y maneras variadas.

Deje cada uno vivir al otro y, por su parte, procure hacer bien lo que tiene entre manos. Es el único precepto aceptable en la materia, y lo demás es artificialidad que asfixia, tóxico que corroe.

En torno a una mesa redonda, se han disputado el triunfo los nacionalistas y los universalistas de la literatura mexicana. Querella inútil. ¿Acaso el universo no pertenece también a México?

La conciliación de ambas doctrinas se opera sola, al paso de la vida y de la cultura.

Obsértese que, entre todos los pueblos de América —y a pesar de las apariencias y el desvío de apreciación que nuestros trastornos intestinos pudieran provocar entre quienes nos ignoran—, el mexicano es el menos "tropical" de los pueblos; entendiéndolo por "tropical" lo arrebatado y ciego, lo candorosamente confiado, lo excesivo en las manifestaciones sentimentales y en las palabras inútiles. El mexicano es reservado y sobrio, al punto que todos los demás países de América nos parecen algo desmedidos e ilusos (sea dicho con sana intención), sin exceptuar a los Estados Unidos, tan amablemente charlatanes; a los argentinos, tan fácilmente satisfechos; a los chilenos mismos, que se dan por los escandinavos del sur.

Pues bien: esta reserva, este freno, esta desconfianza, esta necesidad constante de la duda y la comprobación, hacen de los mexicanos algo como unos discípulos espartanos del Discurso del Método, unos cartesianos ratiños; y los disponen, para cuando llegue el día del bienestar, del acierto político, y el consecuente despliegue de las facultades hoy inhibidas, a ser un pueblo científico por excelencia.

Lo cual no quiere decir que se pierdan, por eso, virtudes interiores y superiores de inspiración y hondura metafísicas. Ya lo presenciamos en nuestros hijos, o los hijos de nuestros hijos.

No renunciaremos —Oh, Keats, Keats, engendrador de ete-

(Selección de Gastón García)

LA RECIENTE NOVELA MEXICANA

NOTAS DE LECTURA

Por EMMANUEL CARBALLO

En el terreno de la literatura, el siglo XX —se ha dicho y repetido innumerables ocasiones— con el advenimiento del Ateneo de la Juventud. (Puede fijarse un año, más por válidas razones políticas que literarias, el de 1910). Las dos corrientes visibles en que se bifurca nuestra prosa narrativa, contemporánea, aparecen en las obras de algunos de los miembros de ese grupo. La corriente idealista, parte de los libros innovadores y delumbantes: Ensayos y poemas (1917) de Julio Torri y El plano oblicuo (1920) de Alfonso Reyes; la corriente realista se manifiesta en las obras de Martín Luis Guzmán y José Vasconcelos. (El otro iniciador de esta tendencia, Mariano Azuela, posee sobre Guzmán y Vasconcelos primacía temporal: su obra más difundida, Los de abajo, se edita trece años antes que los otros. El águila y la serpiente (1928). Sin embargo, hasta fines de 1924 cuando, y reconoce la gente "cultiva", la época de Demetrio Macías. En Mariano Azuela se advierten los rasgos novelescos del siglo XIX y, digamos, anticli-

AUTORES Y LIBROS

De la misma manera que es peligroso el monocultivo en materia agrícola, lo es en materia literaria; durante muchos años la falta de diversidad en nuestras actividades económicas (agrícolas, comerciales, industriales) nos ha sometido a una monotonía literaria, pero parece ser que conforme nuestra economía se hace más diversa, nuestra literatura también produce una más "varia invención"; así, hoy, tan sólo al intentar un panorama de la novela mexicana, recurriendo a capítulos inéditos de obras de novelistas que siguen trabajando "al pie de la letra", se han reunido una diversidad de temas, creaciones, situaciones, más rica que la que se hubiera podido reunir en semejante intento hace veinte o diez años.

La ciudad penetra en nuestra literatura con pasos cada vez menos tímidos, y el hombre —así sea el indio— empieza a ser cada vez menos paisaje o estampa, para ser cada vez más personaje, y hasta persona. Nuestra literatura se humaniza, nuestra literatura vuelve cada vez más instrumento de conocimiento de lo que es la vida (y nuestra vida social y personal es cada vez más compleja, y por tanto más necesario objeto de conocimiento). Nuestra literatura aclera en el lenguaje propio para expresarlo. No se detiene ya sólo en las subjetividades líricas de una experiencia, pero sí se acerca a la experiencia humana, personal, sino que trasciende a las objetividades sociales, sin que por ello se mantenga en una actitud expectante y marginal quien ejerce el conocimiento y lo expresa. El compromiso de nuestros escritores con su sociedad es cada vez más evidente, aunque paradójicamente recurra menos al procedimiento obvio de un escritor: como no son estrictamente cultos, sus limitaciones que antes prevalecían. Por una voluntad nacional, por un esfuerzo popular, nuestra sociedad vive un proceso de integración y de complicación más dinámico. Para describirla no basta la anécdota; no es el trazo costumbrista para diseñar costumbres hulsas; y ciertos excesos caricaturescos que aún se perciben, corresponden a la caricatura del ideal, que se da —a nuestro pesar— en muchas zonas de la vida cotidiana; y si esto nos repugna en la literatura y en la sociedad es porque adivinamos que en algunos casos esa caricatura es máscara que oculta un rostro; esos personajes contribuyen al conocimiento de los rostros y al derribo de los convencionalismos; para ello es preciso que sus esfuerzos de conocimiento calen más sistemáticamente y más profundamente en los hombres que somos y no en los que pretendemos ser o aceptamos ser, para bien o para mal. No pocos escritores hacen ya —con éxito— ese esfuerzo; desmenuzan los rostros y descubren que, si hay muchos más feos que sus disfraces, hay otros, también muchos, más hermosos.

No todo el éxito es atribuible al escritor (por lo menos al escritor de hoy, que se beneficia de la obra acertada o errónea del ayer); el lenguaje que hoy usamos es un lenguaje más nacional, es un lenguaje más común; como es también más nacional y más común nuestro patrimonio nacional y común; y es precisamente porque lo es por lo que tenemos conciencia de que debe serlo en mayor medida y por lo que preocupan más las diferencias desmedidas, las que benefician con excesos y por procesos ventajosos a las clases pudientes, las que limitan y perjudican a las clases populares. Estas diferencias irritantes irritan a muchos de nuestros escritores, lo que es bueno, pero no suficiente. Quizá en esto estamos aún detenidos, desorientados, conformándonos con la denuncia, y sitiándonos halagados de la valentía de la denuncia; pero hay muchos pasos que están por darse, que sólo los políticos, cuidados con el conformismo, que puede ser la más cómoda manera de ser conformista.

No todo el éxito es atribuible al escritor. El público es un elemento imprescindible para el desarrollo de una literatura, y el público mexicano no se ha desarrollado sólo por los esfuerzos del escritor. Sin contar con lo que para desarrollarlo haya servido la política (la agraria, la industrial, la educativa), que en mucho ha influido; el público ha crecido en buena parte a las espaldas de los escritores, por lo menos a las espaldas de muchos de los escritores más preparados, y a los que puedan considerarse mejores, por la obra literaria que hayan hecho. El cine, la radio, la prensa, los "paquetes" (o cuadernos de historietas dibujadas) y aun la por otros conceptos peligrosos publicación extranjera que tantos millares de ejemplares vende cada mes en México, han contribuido por vías directas o indirectas al desarrollo del público, los escritores deben contar a este público, deben carearse con él, dialogar con él y si es preciso enfrentárselo. Hay escritores que lo hacen, que empiezan a atender la demanda (superior aún a la producción, de donde deriva la verdadera causa de la existencia de los llamados "falsos valores"). Es tiempo de que los escritores recuerden el viejo lema: "Consumo lo que el país produce" y se digan: "Producen lo que el país consume".

Un momento, aquí no vale el desprecio o el menosprecio. No estamos invitando a ser chabacanos, o amarillistas, o melodramáticos. Estamos invitando a que se recuerde que los demás también piensan, también sienten, y que se puede llamar a su pensamiento y a su sentimiento. No necesariamente a su morbosidad. Seamos conscientes de que lo que es condenable y condenamos en la mayoría de la producción cinematográfica, radiofónica, televisada —y aun teatral— de nuestra República es el uso y cultivo de la ramplonería, porque no aceptamos que el público sea ramplón, gremio, etcétera, de una manera insuperable. El día que confiamos en que a los demás les gusta lo que a nosotros nos gusta; el día que seamos genuinos en la creación culta o vulgar, se encontrarán nuestros escritores y nuestro público, y se iniciará el camino para nuestras letras, para nuestra literatura, para la etapa del monocultivo y que se abra la posibilidad de contar con mayor genuinidad, como por fortuna lo prue-

pacaciones técnicas que, corriendo el tiempo, asimilan los jóvenes novelistas: plénese en La Malhora, sobre-realista a juicio de Monterde; Guzmán y Vasconcelos están inscritos íntegramente en nuestro siglo, aunque ninguno incurra en "audacias". La corriente imaginativa ha producido casi de modo exclusivo redondos textos breves. La realista ha dado origen indistintamente a novelas y cuentos.

Una digresión cargada de connotaciones simbólicas: Los primeros novelistas de la Revolución fueron testigos —los menos también actores— de la lucha armada. Sus obras reflejan su experiencia, el triunfo o la derrota de la facción a que pertenecieron. Los textos de mayor calidad fueron escritos por miembros o simpatizantes de la facción anticarrancista: Azuela sirve en las tropas villistas; Guzmán se mueve cerca de Villa y de Eulalio Gutiérrez, el presidente nombrado por la Convención de Aguascalientes; Vasconcelos, de corazón maderista, rechaza por razones obvias el personalismo de don Venustiano Carranza y Obregón; Romero, escasa mayores puestos publi-

cos después del asesinato de Carranza; Muñoz toma partido, al escindir el constitucionalismo, a favor de Obregón y en contra de Carranza; su adolescencia está marcada por la figura de Villa; Nellie Octavio cree que, frente a Villa, "Carranza fue un viejo tan egoísta como envidioso y desagradado". Ha afirmado, también, que ella fue "la primera que intentó restaurar el buen nombre de Villa, durante el gobierno de Calles". López y Fuentes —ya del segundo equipo de novelistas— opta, entre Carranza y Villa, por el primero. Sin embargo en una de sus novelas, Tierra escrita de la epología de Zapata, una de las víctimas del carrancismo; Urquiza sirve a Madero y, después, a Carranza. Es el mejor narrador, y recuerda-se que es un excelente aficionado, de la facción carrancista; Mancisidor, el ocurrir el cuartelazo de Huerta, se da de alta en las fuerzas constitucionales; Magdaleno y Lira, más jóvenes que los anteriores, no participan en ella, escriben acerca de los hombres de lo que significan la lucha, los ideales y ambiciones de éstos: Magdaleno dramatiza la figura de Zapata. Carlos Fuentes, el novelista mejor dotado de la más reciente promoción, heredada de Guzmán y Azuela, entre otras cosas, la simpatía por Villa. Los símbolos que se desprenden de esta predilección pueden reducirse fácilmente a ideas. Estas ideas, expresadas en buena parte, los propósitos de nuestra novela.

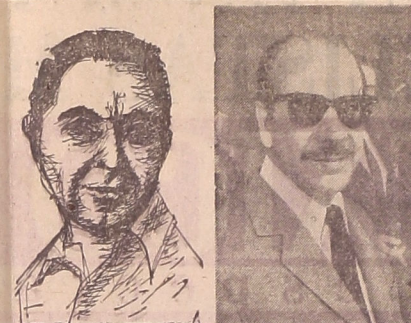
La ficción extensa más significativa de nuestros días, coherente con la tradición que implantara Fernández de Lizardi, es de índole social y política —fácil o expresamente. Dos son sus principales estadios: el de la novela de la Revolución y el de la novela que se encara con las instituciones y las condiciones de vida que surgieron de la lucha armada. Si examinamos las anécdotas, éstas van de la guerra a la paz, de la lucha a la Revolución que deviene gobierno; del campo a la gran ciudad, pasando por el pequeño pueblo, la ciudad de provincia; de los de abajo a los de arriba, de la paupérrima clase mayoritaria a la nueva burguesía que origina la Revolución; de la agricultura a la industria; de los campesinos que hicieron la Revolución, a los obreros que llevan a cabo la revolución industrial.

El denominador común de este tipo de novela, desdoblándose en la ficción y en el documento. En ellas encontramos la verdadera historia de México expuesta con cierto decoro formal y encendido calor polémico. A casi todas nuestras novelas de firmas valerosas, éstas se refieren a la historia, a la política, a la economía, a la cultura, a la vida cotidiana. En el filo del agua, 1947. — La Creación, 1950. — Ojerosa y Pintada, 1950.

El denominador común de este tipo de novela, desdoblándose en la ficción y en el documento. En ellas encontramos la verdadera historia de México expuesta con cierto decoro formal y encendido calor polémico. A casi todas nuestras novelas de firmas valerosas, éstas se refieren a la historia, a la política, a la economía, a la cultura, a la vida cotidiana. En el filo del agua, 1947. — La Creación, 1950. — Ojerosa y Pintada, 1950.

novela católica ni comunista, menos aún novela nutrida en el ideario oficial. Hablo, claro está, de buena fe. Este último rasgo se advierte en la anárquica visión que ofrecen algunos (Spota, entre ellos) de hechos y problemas, ya pertenecían a los terrenos de la política o a la economía. Entre los novelistas jóvenes —Rulfo es ya un maestro— sobresalen Carlos Fuentes, Sergio Galindo y Rosario Castellanos que aún no consiguen en la prosa el sitio que ocupa en la poesía: el de la mejor y más completa poesía mexicana.

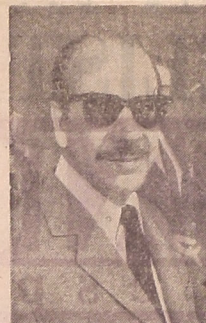
La tendencia imaginativa que se desprende de Torri y Reyes culmina en la corta y perfecta obra de Juan José Arreola —el escritor nuestro que mayor instinto literario posee en estos momentos— todo lo que toca se convierte en literatura, hasta su vida. La descendencia literaria de este autor es considerable en número, que no en calidad;



Agustín Yáñez



José Revueltas



Fernando Benítez



Josefina Vicens



Carlos Fuentes



Rosario Castellanos



Jorge López Páez



Emma Dolujánof



Guadalupe Dueñas

LA OBRA

ROSARIO CASTELLANOS
México, D. F., 1928. — *Tránsito de Polvo*, 1948. — *Apuntes para una declaración de fe*, 1949. — *De la vigilia exterior*, 1950. — *El rescate del mundo*, 1952. — *Balun Canan*, 1957. — *Al pie de la letra*, 1959.

AGUSTÍN YÁÑEZ
Guadalajara, Jal., 1904. — *Ceguera roja*, 1928. — *Llama de amor*, 1928. — *Divina floración*, 1928. — *Miscelánea de Caridad*, 1928. — *Barraquillo*, 1930. — *Espejismo de Juchitán*, 1940. — *Genio y figura de Guadalupe*, 1941. — *Arquitectura de mujeres*, 1943. — *Pasión y convalecencia*, 1945. — *Esta es mala suerte*, 1947. — *Al filo del agua*, 1947. — *La Creación*, 1950. — *Ojerosa y Pintada*, 1950.

JORGE LÓPEZ PÁEZ
Huatusco, Ver., 1922. — *Los Mástiles*, 1955. — *El Solitario Atlántico*, 1958.

JOSE REVUELTAS
Durango, Dgo., 1941. — *Los muros de agua*, 1941. — *El luto humano*, 1943. — *Dios en la Tierra*, 1944. — *Dios en los terrenos*, 1949. — *Los motivos de Cain*, 1957.

JOSEFINA VICENS
Villahermosa, Tab., — *El libro Vacío*, 1958.

SERGIO FERNÁNDEZ
México, D. F., 1926. — *Los Signos Perdidos*, 1958.

SERGIO GALINDO
Jalapa, Ver., 1926. — *La máquina vacía*, 1951. — *Polvo de arroz*, 1958. — *La justicia de enero*, 1959.

EMMA DOLUJANOF
México, D. F. — *Cuentos del desierto*, 1959.

ALBERTO BONIFAZ NUÑO
Ixtapex, Oaxaca, 1911. — *La cruz del surco*, 1954. — *Juego de espejos*, 1959.

CARLOS VALDES
Jalisco, abril 1928. Ausencia, 1954.

FERNANDO BENÍTEZ
México, D. F., 1912. — *Ca-ballos Dios*, 1945. — *La ruta de Hernán Cortés*, 1952. — *Cristóbal Colón*, 1953. — *La vida críola en el siglo XVI*, 1955. — *China a la vista*, 1956. — *El drama de un pueblo y una planta*, 1957. — *El rey viejo*, 1959.

GUADALUPE DUEÑAS
Guadalajara, — *Los ratos*, 1954. — *Tiene la noche un árbol*, 1958.

BIBLIOGRAFIA 1955-1960

Por SALVADOR REYES NEVARES

ESTA bibliografía no abarca todas las obras novelescas publicadas en México durante los últimos cuatro años y medio. Pretende solamente recordar las novelas más dignas de mención evitando hasta donde es posible las omisiones importantes. Con breves anotaciones entre paréntesis, hemos procurado dar idea del tema de los libros que incluimos. Esto puede ser de utilidad para quien quiera averiguar las tendencias actuales de nuestros novelistas. Para ahorrar espacio, cuando se trata de títulos que figuran en colecciones como Letras Mexicanas, Los Presentes, Ficción, etc., se ha omitido el nombre de la Editorial. Ya se sabe que el Fondo de Cultura Económica publica Letras Mexicanas, Ediciones de Andrés Bello y la Universidad Veracruzana Ficción.

1955
JOSE ALVARADO. El personaje. Los Presentes. 76 págs. (Tema de provincia).
MARIANO AZUELA. La maldición. Letras Mexicanas, No. 21. 227 págs. (Post-Revolución).
RICARDO GARIBAY. Mazatlán. Los Presentes. 73 págs. (Violencia en el campo).
JOSE LUIS GONZÁLEZ. Palmita. Los Presentes. 69 págs. (Puerto Rico contra el imperialismo).
JOSE MANCISIDOR. El alba en las almas. Ed. América Nueva. (Lucha por el petróleo).
MARIA LUISA OCAMPO. Matayapan. Col. Teutill. No. 8. Unión Mexicana de Escritores. (Provincia).
PABLO PALOMINO. Autopsia. Los Presentes. Obregón, S. A. 168 págs. (Ciudad de México. Snobs. Alta sociedad).
RAMON RUBIN. La sombra del technicage. Ediciones altiplano. (Indigenista).
JUAN RULFO. Pedro Páramo. Letras Mexicanas, No. 19. 156 págs. (Provincia).
ANTONIO SOUZA. El niño y el árbol. Los Presentes. 80 págs. (Novela poética).
ARTEMIO DE VALLE ARIZPE. Engañar con la verdad. Los Presentes. 89 págs. (Fábula colonialista).

1956
HECTOR RAUL ALMANZA. Brecha en la roca. Col. Ahulzote. Obregón, S. A. (Lucha por el petróleo).
MARIA ELENA ALMAZAN. Los hombres tienen sed. s/l. 141 págs. (La pobreza del Valle del Mezquital).
MARIANO AZUELA. Esa sangre. Letras Mexicanas, No. 24. 196 págs. (Post-Revolución).
RAQUEL BANDA FARFAN. Valle Verde. Los Presentes. 80 págs. (Tema campesino).
EMILIO CARBALLIDO. La veta oxidada. Los Presentes. 82 págs. (Provincia).
PATRICIA COX. El enemigo está dentro. Dist. por José C. Torres y Cia. 300 págs. (Psicológica. Tesis social).
JOSE FUENTES MARES. Cadenas de soledad. EDIAPSA. (Psicológica. Tesis social).
MIGUEL N. LIRA. Una mujer en soledad. Letras Mexicanas, No. 31. (Psicológica. Costumbrismo).
MARGARITA LOPEZ BORTOLLO. Toña Machetes. Ed. Botas. 248 págs. (Revolución).
ADELA PALACIOS. El hombre. Ed. del Instituto Mexicano de Relaciones Culturales. 137 págs. (Psicológica. Snobs. Intelectuales).
ALBERTO QUIROZ. Paraiso Weston. Col. Teutill. No. 12. Unión Mexicana de Escritores. 300 págs. (México. Acapulco. Turistas norteamericanos).
JOSE REVUELTAS. En algún valle de lágrimas. Los Presentes. 139 págs. (Tesis social).
LUIS SPOTA. Casi el Paraiso. Letras Mexicanas, No. 29. 450 págs. (Ciudad de México. Los vicios de la gente seudointelectual).
ARQUELOPE. La volanda. Dist. por Ed. Botas. 272 págs. (Ciudad de México. Bajos fondos. Tesis).

1957
ERASMO ANCIRA. El charlatán. 200 págs. (Semipicaresca. Popular).
GUADALUPE AMOR. Yo soy mi casa. Letras Mexicanas, No. 34. 246 págs. (Recuerdos. Ambiente de familia).
ENRIQUE CARNADO. Salamandra. Cia. Editorial Continental. 238 págs. (Psicológica).
ROSARIO CASTELLANOS. Balun Canán. Letras Mexicanas, No. 38. 285 págs. (Indigenista. Campo de Chiapas).
MIGUEL CONTRERAS TORRES. Pueblo en armas. 250 págs. (Revolución).
PATRICIA COX. Maximiliana. Cia. Editorial Continental. 282 págs. (Histórica. Sentimental. Costumbrista).
SARA GARCIA IGLESIAS. Exilio. Letras Mexicanas, No. 33. 339 págs. (Exiliados españoles. Campo veracruzano).
BERNARDO JIMÉNEZ MONTELLANO. La Virgen de Epatán. Manuel Fortín. 133 págs. (Pueblos de México. Torbellinos errantes).
MARIA LUISA OCAMPO. Sombras en la arena. Libro-Mex. 170 págs. (Sentimental. Costumbres de la costa).
JOSE PEREZ MORENO. El tercer canto del gallo. M. Aguilar. Editor. 150 págs. (Revolución).
ALBERTO QUIROZ. Lupe Fusiles. Libro-Mex. 200 págs. (Revolución).
JOSE REVUELTAS. Los motivos de Cain. Fondo de Cultura Popular. 94 págs. (Los mexicanos en los Estados Unidos. Vida en la frontera. Antilimperialismo).
FEDERICO ROBLES. La estrella que no quiso vivir. (Psicológica. Costumbrismo).
ALFONSO ROMERO CARRERO. Mal país. Ed. Botas. 218 págs. (La sequía en el campo).
RAFAEL TRUJILLO. La mujer dormida. Ed. Botas. 304 págs. (Psicológica. Ciudad de México).
JORGE USETA. Paternidad. 252 págs. (Burocracia. Familia. Costumbrismo).

1958
ARMANDO AYALA ANGUIANO. Las ganas de creer. Libro-Mex. 215 págs. (Frontera Norte).
RAQUEL BANDA FARFAN. Cuestión abajo. Los Presentes. 90 págs. (Vida en los medios pobres de la Capital).
EMILIO CARBALLIDO. El norte. Serie Ficción, No. 3. 100 págs. (Psicológica. Puerto de Veracruz).
ROSA DE CASTAÑO. Fruto de sangre. (Indigenista. Ejidos del Distrito Federal).
SERGIO FERNÁNDEZ. Los signos perdidos. Gral. de Ediciones. 244 págs. (Psicológica. Ciudad de México. Medios cultos).
CARLOS FUENTES. La región más transparente. Letras Mexicanas, No. 38. 460 págs. (Ciudad de México. Sus diversos habitantes. Picaresca).
SERGIO GALINDO. Polvos de arroz. Serie Ficción, No. 1. 78 págs. (Vida clase media en la provincia).
MIGUEL N. LIRA. Mientras la muerte llega. Libro-Mex. 188 págs. (Revolución).
JORGE LÓPEZ PÁEZ. El solitario Atlántico. Letras Mexicanas, No. 43. 115 págs. (Psicológica. Provincia. Veracruz).
JOSE MANCISIDOR. Se llamaba Catalina. Serie Ficción, No. 4. 139 págs. (Recuerdos. Obra de costumbres y de tesis).
MARIA LUISA MELO DE REMES. La dulce patria. 149 págs. (Vida de los mexicanos en los Estados Unidos).
LEOPOLDO RAMÍREZ CARDENAS. Los improvisados. 200 págs. (Sátira política).
ALBERTO RAMÍREZ DE AGUILAR. Camino a la nada. Libro-Mex. 207 págs. (Ciudad de México. Semipicaresca).
CELSO ROMERO. Frontera. Ed. Jus. 174 págs. (La vida en la frontera. Crítica política).
CARMEN ROSENZWEIG. 1956. Los Presentes. 140 págs. (Psicológica).
LUIS BRUNO RUIZ. Océano. Los Presentes. 70 págs. (Fantasía sobre mitos y costumbres indígenas).
JORGE USETA. Falsas. 234 págs. (Fantasía europeizante).
JOSEFINA VICENS. El libro vacío. Gral. de Ediciones. 228 págs. (Psicológica. Caracterológica).

1959
FERNANDO BENÍTEZ. El rey viejo. Letras mexicanas, No. 52. 203 págs. (Revolución).
CARLO ANTONIO CASTRO. Los hombres verdaderos. Ficción, No. 7. 143 págs. (Indigenista. Chiapas).
ALBERTO ESCUDERO F. El ciudadano Juan Cárrel. Libro-Mex. 230 págs. (Picaresca. Costumbres lugareñas).
OSCAR FLORES. La casa de mi abuela. Imp. en Saltillo. 147 págs. (Recuerdos. Costumbrismo. Ciudad de Saltillo).
CARLOS FUENTES. Las buenas conciencias. Letras Mexicanas, No. 53. 191 págs. (Vida en Guanajuato. Psicológica).
SERGIO GALINDO. La justicia de enero. Letras Mexicanas, No. 45. 202 págs. (Ciudad de México. Clase media).
SERGIO GONZÁLEZ. Entrada prohibida. Libro Mex. 213 págs. (Semipicaresca. Crítica los vicios "burocráticos").
LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ. El lugar donde crece la hierba. Ficción, No. 8. (Psicológica).
MARIA LOMBARDO DE CASO. Una luz en la otra orilla.

SIGUE EN LA PAG. SIG.